

PRESENTACIÓN

Este libro es el rescate de una figura del pasado, una mujer —poeta y pensadora— que dejó tras de sí un legado no muy extenso pero portador de ricas sugerencias vitales y literarias, la expresión continuada de un hondo sentir que ante todo toma en cuenta a la humanidad doliente. Al empezar su preparación pensé por momentos que no debería poner en los preliminares demasiadas noticias sobre Louise Ackermann porque con la escueta autobiografía que es *Ma vie*, con la reveladora veintena de piezas de sus *Poésies philosophiques* y, en particular, con el ir y venir de sus *Pensées* sobre una vereda bien trazada y definida, se podía perfilar por sí sola una imagen si no clara, al menos propia y directa, de la *forma mentis* de esta escritora única. Sin embargo, tuve miedo de que la obra quedara como suelta y descarnada si no añadía algunos datos de su vida sacados de otras fuentes y no aportaba algunos testimonios contemporáneos que revelan las repercusiones que tuvo. No he podido pasar sin adelantar algunas reflexiones más que se enreden, en acuerdo o desacuerdo, con las que por su cuenta se hagan los lectores y lectoras.

¿Cómo llegaste a Louise Ackermann? Es la pregunta que ha surgido en algunos y se me ha hecho. Lo diré. La cita de una frase certera y brillante me metió ganas (¡quiero más!) de hacer una lectura extensa de sus prosas, a las que pronto añadí los versos. Vino luego la decisión de traducir y, al fin, la acogida de

mi versión por parte de los editores de Athenaica que permitirá que la obra viva de Louise Ackermann resuene en el ámbito hispánico y en estos tiempos que no están menos cargados de miedos y esperanzas que los suyos. He dicho que este libro intenta un rescate, pero también representa un acercamiento, y lo que espero es que para muchos sea una experiencia, esto es, que no sea leído impunemente, sino que trastorne y altere, como hacen los buenos libros.

LOUISE ACKERMANN, POETA DE ABISMOS, PENSADORA SOLITARIA

Il me semble que j'entends respirer le Temps.

LO QUE LE PASÓ Y LO QUE HIZO

Louise-Victorine Choquet (París, 1813-Niza, 1890) usó siempre el apellido del que fuera su esposo, el alemán Paul Ackermann. Ella resumió su vida en cuatro frases: «una infancia entumecida y triste, una juventud que no lo fue, dos breve años de feliz unión, veinticuatro años de voluntaria soledad».

El relato que nos hace de su infancia es el de su encuentro con la religión y la literatura. En el pensionado de Montdidier, la población más cercana a la finca familiar donde vivía, se prepara por deseo de su madre para la primera comunión; luego en París en una institución de mayor rango sostiene charlas teológicas con un joven abate. Experimenta algunos raptos de devoción, pero termina sintiendo repugnancia hacia los dogmas cristianos y afirmando su mentalidad libre y laica con las lecturas que le desliza su padre, un volteriano convencido.

Encerrada en su habitación con sus libros, rehúsa ir por bailes y saraos a la caza de marido como hacen sus hermanas. Muy jovencita todavía, compone sus primeros alejandrinos y su profesor de literatura los hace llegar nada menos que a Victor Hugo, el abrumador

patriarca de los poetas «que —nos dice ella— ha consumido tal cantidad de imágenes que muy bien podríamos preguntarnos si quedarán algunas para los poetas venideros»¹. Parece que Hugo le transmitió apuntes sobre el ritmo de algunos de sus versos que le valieron como carta de naturaleza para transitar por el territorio poético. Aprendió inglés y alemán y pudo así leer en su lengua a los románticos alejados del orbe galo. Viajó dos veces a Berlín. La primera a la muerte de su padre para vivir allí una larga y provechosa estancia de formación. Aquella era todavía de algún modo la *docta Germania* de Madame Staël y en Berlín «sus habitantes vivían solo para aprender o enseñar. Las cuestiones filosóficas y literarias eran allí las únicas que excitaban las mentes»².

Cuando perdió a su madre y tenía ya resuelto abrazar la soltería de por vida, el año 1844, regresó a Berlín y encontró a Paul Ackermann, un joven delicado, serio, austero (*jeune homme doux, sérieux, austère*), ex-seminarista protestante y ateo convencido, hombre de letras y editor interesado en el francés antiguo, un filólogo. Un año antes de su boda, en 1843, escribe a una de sus hermanas contándole cómo era su relación con Paul:

Es un joven muy amable, lleno de nuevos puntos de vista en filosofía y poesía; es una mente sutil y muy observadora y de la que he aprendido mucho, porque tenemos tiempo para hablar cinco horas al día, término medio³.

1. *Pensamientos de una solitaria*.

2. *Mi vida*.

3. Citado en Read 1903, p. VII. Ahora y en adelante doy traducción de todas las citas tomadas de publicaciones y libros franceses.

Se casa con él como por pena, pues confiesa que hubiera podido prescindir de todo amor durante la vida entera, pero al encontrar un hombre «tan sincero y tan profundo» (*si sincère et si profond*) no tuvo valor para rechazarlo.

Una carta a su hermana nos hace ver que hubo presiones muy fuertes del círculo de amigos comunes. Manejaron ellos casi en chantaje de sentimientos la mala salud del muchacho, a punto de morir enfermo de amor e incapaz de poner fin a su mal mediante una declaración franca⁴. Y ella cedió. Pero, como les ocurría a algunas mujeres que entonces se casaban por obligación y acuerdos familiares tropezó con la sorpresa: «El matrimonio —nos dice— solo podía resultarme exquisito o detestable: fue exquisito».

Pero su buena suerte pronto le dio la espalda. Paul cayó enfermo de tisis. Esperando que los aires de las montañas de la Alsacia natal lo sanaran, lo traslada a la localidad de Montbéliard. Todo fue inútil; allí muere en 1846. Sus últimas palabras para Louise fueron: *Je veux t'embrasser*⁵.

4. La carta se recoge en Haussonville 1892, pp. 22-23, donde nos sorprendemos leyendo: «Ya, le escribía a su hermana, la voz pública me acusaba de su muerte inminente. Sin embargo, yo era perfectamente inocente y hubo que hacerme ver lo ciega que estaba; amigos comunes mediaron entre ambos, porque, por su parte, él me dijo que hubiera preferido morir antes que decirme una palabra». Y más adelante: «Bueno, me gustaría tener alguna amiga a quien cedérselo, porque tengo menos ganas de casarme que nunca. No sé qué diablos tuvo para encariñarse tanto conmigo».

5. Según una carta a su hermana recogida en Haussonville 1892, p. 28.

Una muerte prematura se siente como un corte dolorosísimo. En su propio caso probablemente pensaba la viuda cuando años después se hizo esta reflexión: «Morimos casi todos de muerte violenta, pues ¿cómo llamar de otra manera a esta ruptura dolorosa de los lazos del vivir?». Louise abandona entonces los paisajes de su felicidad perdida:

*Comment pourrais-je encor, désolée et pieuse,
par les mêmes sentiers traîner ce cœur meurtri,
seule où nous étions deux, triste où j'étais joyeuse,
pleurante où j'ai souri?*⁶

[¿Cómo aún yo podría, desolada y compasiva,
por los mismos senderos arrastrar mi alma rota,
una donde éramos dos, triste donde iba alegre,
llorando donde reía?]

Una de sus hermanas la atrae a la ciudad de Niza. Adquiere allí y restaura un viejo convento y su huerto, emplazados sobre una colina. En esta finca, denominada La Lanterne, viviría semirrecluida durante años. «Hice construir allí —nos cuenta en *Mi vida*— una torre desde la que el panorama, por un lado, se extendía hacia el espléndido golfo azul y, por el otro, alcanzaba las cumbres blancas de las montañas del Piamonte. Solo se llegaba a mi casa por caminos difíciles; mi soledad quedaba así mejor asegurada». Un régimen de vida apacible:

6. *Premières Poésies*, «In memoriam».

*... sous ce ciel que l'oranger parfume
Et qui sourit toujours,
Rever aux temps aimés et voir sans amertume
Naître et mourir les jours*⁷.
[... bajo el cielo que el naranjel perfuma
y sin parar sonrío,
soñar en los días amados y ver sin pena
nacer y morir los días.]

En medio de esa belleza la dulce nostalgia le provoca punzadas de remordimiento:

*Du compagnon chéri que m'a pris le tombeau
le souvenir lointain me suit sur ce rivage.
Souvent je me reproche, ô soleil sans nuage!
Lorsqu'il ne te voit plus, de t'y trouver si beau*⁸.
[Del compañero querido que se me fue a la tumba
el lejano recuerdo me sigue a estas riberas.
Qué de veces me reprocho, oh sol sin nubes,
pues él no puede verte, encontrarte yo tan bello.]

Se familiariza con los hortelanos y vive como una monja laica:

Tengo tres familias junto a mí, mis campesinos, mis bestias y mis árboles. Todo esto vive, trabaja, hace fiesta (*gambade*) a mi alrededor y ante mis ojos, de suerte que nunca me siento sola. Es una vida a gusto mío. Me veo

7. Versos citados en Haussonville 1892, p. 33.

8. *Ibid.*

como una persona que no es ya de este mundo. No tengo nada en común con los humanos. La Lanterne es una Trapa, pero una Trapa con hermosas vistas y sin el buen Dios. 3 de enero de 1853⁹.

Bajaba a veces de la que llamaba «su montaña» y algunos, como peregrinos de la poesía, subían a verla¹⁰. Desayunaba naranjas de su huerto: «Mi primera tarea cuando me levanto es ir a ver cómo han pasado la noche mis árboles, sobre todo mis árboles frutales»¹¹. Se aturde en este su retiro practicando faenas agrícolas que hacen que se le confunda con una granjera, al tiempo que se entrega a los placeres de la mente, leyendo mucho y tanteando la escritura. Una página de su diario describe la vida que lleva a fines de 1863:

Pasé un día de Año Nuevo muy tranquila. Ninguna persona viva molestó mi *tête-à-tête* con *Lion* [su perro]. No hay dos personas en todo el imperio francés que puedan decir lo mismo. Leí algo de poesía griega para entretenerme y *Lion* durmió.

Ya de niña había hecho lecturas intensas y feroces: «En cuanto supe leer, me lancé con ansias sobre todos los libros que estaban a mi alcance». Sus autores preferidos fueron los poetas; luego frecuentó el ensayo y la filosofía. Está por eso al día de los avances de la

9. Haussonville 1892, pp. 36-37.

10. Read 1903, p. XIII.

11. *Pensamientos...*; otros pormenores cotidianos en Read 1903, pp. XIV-XV.

ciencia y se adhiere al positivismo, doctrina que añade a las destrucciones de la Ilustración cierto idealismo, un afán de sistema y hasta cierto ordenamiento ritualista. Escribe versos. Adaptaciones poéticas de cuentos orientales. Disfruta de la independencia económica de pequeña propietaria. No necesita ni escribir ni publicar para vivir. A pesar de mostrarse remisa ante todas las vanidades y servidumbres de los ambientes literarios, quiere darse a conocer porque se sabe poseedora de ideas que pueden acaso aliviar e iluminar a la doliente y extraviada humanidad. Publica primero por su cuenta en Niza y luego algún lector entusiasmado la lanza en París. Más adelante veremos con detalle toda su aventura editorial.

Sin embargo, llegó el año terrible de 1870 con el estallido de la guerra, la invasión prusiana y el sitio de París. La señora Ackermann no pudo resignarse a permanecer a salvo en la lejana Provenza y marchó a París con la utópica y cándida esperanza de que por haber conocido en Berlín a la princesa Augusta, que se había convertido en la actual reina, y dominar la lengua alemana, tal vez pudiera ser de alguna utilidad a su país cuando llegara el momento¹². La guerra, que le arrebató la vida de un ser querido, le dicta versos de repulsa modulados en solemne clasicismo:

*Ô Guerre, Guerre impie, assassin qu'on encense!*¹³
[¡Oh Guerra, Guerra impía, asesina que se inciensa!]

12. Read 1903, p. XVI.

13. *Poemas filosóficos*, XI «La guerra».

Louise Ackermann, que allá en las colinas de Niza no había vivido del todo en soledad y aislamiento, a partir de los años 70, en París, amplía e intensifica sus amistades literarias. Recibe en un salón a un nutrido y variado grupo de personajes. ¿Quiénes eran estos contertulios? Se dejan ver por su casa las esposas de Ernest Havet¹⁴, y Elme-Marie Caro¹⁵, la escritora Marie d'Agoult (que publica bajo el pseudónimo varonil de Daniel Stern¹⁶), la poeta austriaca Joséphine de Knorr¹⁷, la filósofa

14. Ernest Havet (1813-1889), historiador y erudito. Entre sus principales trabajos se cuentan dos en los que es probable que se interesara nuestra autora: *Pensées de Pascal publiées dans leur texte authentique avec un commentaire suivi et ne étude littéraire* (1852), *Le Christianisme et ses origines* (4 volumes, 1871-84). Renan pronunció su oración fúnebre: *Discours sur la tombe d'Ernest Havet, prononcé le 24 décembre 1889 au cimetière de Montmartre*, París, 1890; puede leerse en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/pt6k96904731.texteImage>. Pierre Antoine Louis Havet (1849-1925), hijo del anterior y también conocido de Ackermann, se hizo un nombre en la filología clásica como experto en poesía griega y latina.

15. Elme-Marie Caro (1826-1887), pensador de cierto renombre. Defendió el cristianismo frente a los movimientos modernos, sobre todo el positivismo, que sin embargo le influye a través de la figura de Victor Cousin. Más adelante veremos su actitud ante la obra de Ackermann.

16. Marie Catherine Sophie de Flavigny, condesa de Agoult (1805-1876), autora de novelas (*Hervé, Julien, Valentia, Nélide*), es más conocida por su *Histoire de la Révolution de 1848* (publicada bajo el pseudónimo de Daniel Stern en 1851). Entre sus otros trabajos están *Esquisses morales* (1849), *Trois journées de la vie de Marie Stuart* (1856), *Florence et Turin* (1862), *Histoire des commencements de la république aux Pays-Bas* (1872), y *Mes souvenirs* (1877, póstumo). Tuvo dos hijas de su marido el conde d'Agoult y dos hijas y un hijo del compositor Franz Liszt, con quien convivió entre 1835 y 1839. Su hija Cosima sería la esposa de Richard Wagner. Sobre la amistad de Marie d'Agoult y Ackermann véase Jacques Vier, *Marie d'Agoult, son mari, ses amis*, Éditions du Cèdre, París, 1950, pp. 120-142 (según Fontana 2002).

17. Joséphine de Knorr (1827-1908), poeta y traductora austriaca asentada en Francia y admiradora de su país de adopción, autora, entre otras obras, de *Irene, ein Gedicht* (1858), *Sommerblumen und Herbstblätter*

Clarisse Coignet¹⁸. También otras amistades masculinas: el antropólogo Charles Letourneau¹⁹, el cirujano y ginecólogo Samuel de Pozzi²⁰, gran seductor que tuvo una muerte novelesca²¹; los poetas Édouard Grenier²², Sully Prudhomme²³, François Coppée²⁴, Jean Lahor²⁵, Émile

(1885), *Aus späten Tagen* (1897) y *Abendgedanken*, Viena, Daberkow, [1907] y, en versión francesa, *Pensées du Soir*, París, Alphonse Lemerre, 1903. Coinciden la temática, el editor e incluso el año con una conocida edición de Ackermann.

18. Clarisse Coignet (1823-1918), filósofa e historiadora, miembro del movimiento político y social denominado *La Morale indépendante*, que propugnó la idea de que la moral no depende ni de la ciencia y ni de la religión. Reasume argumentos de obras anteriores en el definitivo *De Kant a Bergson: reconciliation de la religion et de la science dans un spiritualisme nouveau* (1911).

19. Charles Jean Marie (1831-1902), médico y antropólogo. Durante la Comuna de París asistió a los *communards* malheridos. Fue luego sometido a persecución policial y marchó desterrado a Florencia, de donde regresó en 1878. Sus obras propugnan una antropología evolucionista.

20. Samuel-Jean Pozzi (1846-1918) fue uno de los principales ginecólogos de finales del siglo XIX; también estaba interesado en la antropología y la neurología.

21. Entre sus amantes se cuenta Sarah Bernhardt. Un paciente operado del escroto años antes por él lo acusó de ocasionarle impotencia y le pegó cuatro tiros en el vientre. El afamado cirujano se hizo llevar al quirófano e intentó operarse él mismo sin éxito. Su agresor se suicidó.

22. Édouard Grenier (1819-1901), diplomático y poeta, el más fiel amigo de Lamartine y relacionado también con Madame d'Agoult.

23. Sully Prudhomme (1839-1907), ensayista y poeta. Inaugura la lista de los premios Nobel de literatura. Defendió la inocencia de Dreyfus.

24. François Coppée (1842-1908), novelista, dramaturgo y poeta. Su breve pieza *Le Pater*, sobre la Comuna de París, fue censurada y perseguida en 1886. Una grave enfermedad lo orienta al conservadurismo y a situarse entre los acusadores de Dreyfus.

25. Se trata de Henri Cazalis (1840-1909), que usó los pseudónimos de Jean Lahor y Jean Caselli. Médico y poeta. Suya es la letra de la famosa *Danza macabra* de Saint-Saëns.

Chevé²⁶ y Maurice Rollinat²⁷. Si el lector desciende a las notas y escudriña quién fue cada uno de ellos comprobará que se trata de un círculo de afines. Amigos de la libertad, la ciencia y el progreso por decirlo en el lenguaje de su tiempo.

En los años postreros le llegan ecos de fama desde Rumania, Hungría y Rusia, donde Tolstói fue lector interesado de su poesía. Muchos buscan conocer a la poeta pesimista y van a verla. Su sencillez, su total falta de compostura, desconcertaban a algunos. Otros veían con extrañeza que la buena mujer era «mucho menos pesimista en sus decires que en sus versos»²⁸.

Pasan los años y crecen los achaques. Un médico amigo suyo, el doctor Seeligmann, que como ella había emigrado a París desde Niza tras el estallido de la guerra francoprusiana, le ofreció apoyo y cuidados en los padecimientos de sus últimos años (1887-1889)²⁹. El año que sería el de su muerte, Louise tuvo

26. Émile Frédéric Maurice Chevé (1829-1897), poeta oriundo de Nantes, con sentimientos parecidos a los de su anfitriona y quizá su imitador, si nos atenemos a las palabras del crítico Alcide Bonneau, que percibe «en su poesía una nota poco corriente aún, pero que lo será cada vez más a medida que se derrumben las religiones, las supersticiones, los fetiches» (*La Curiosité littéraire et bibliographique*, París, Isidore Liseux, 1882, pp. 174-176).

27. Maurice Rollinat (1846-1903), poeta y músico. En sus poemas regresa constantemente a los horrores de la existencia, que tuvo la desgracia de sufrirlos al final de su vida, ya que su esposa murió de rabia y él se volvió loco. Algunos títulos de su obra recuerdan a Ackermann: *L'Abîme* (1886), *La Nature* y un libro de versos para niños, *Le Livre de la Nature* (1893).

28. Eso le transmitieron, algunos de los que la trataban, al conde de Haussenville (1892, p. 80).

29. Read 1903, p. XIV.

que abandonar la residencia parisina para regresar a Niza junto a aquella hermana que la había acogido en los primeros tiempos de su viudez, hacía ya más de cuarenta años. Pocos meses resistió a sus dolencias, viniendo a morir el 2 de agosto de 1890, cuando contaba 76 años³⁰. Entre la mies de sus versos podemos espigar para ella, en esta página prologal, un epitafio:

*Elle se dissoudra, cette argile légère
qu'ont émue un instant la joie et la douleur.
les vents vont disperser cette noble poussière
qui fut jadis un cœur...*³¹

[Se disolverá esta arcilla leve que por un instante conmovieron la alegría y el dolor; el viento dispersará ese polvo enaltecido que ayer fue un corazón.]

TODO UN CARÁCTER

Una de las personas que debieron conocer mejor y más de cerca a Louise Ackermann fue su tocaya Louise Read, autora de la semblanza que sirvió de prólogo a la edición póstuma de *Pensées d'une solitaire* en 1903. Louise Read (1845-1928) se movió bien en los ambientes literarios y fue mujer libre y decidida. Era hija de

30. Read 1903, p. XXIII.

31. *Poemas filosóficos*, IV «El Amor y la Muerte». Siendo niña contemplaba con cariño a las cochinillas de su jardín: «Sentí una especial simpatía por esta bestezuela fea y tímida. Me hubiera gustado, como ella, poder enroscarme en mí misma y pasar desapercibida».